

La experiencia juvenil en la velocidad.

Silvia Duschatzky (2002)

Históricamente hablar de jóvenes nos remitía a la vida institucional. Se trate de la escuela, la universidad, el trabajo, el ejército o las experiencias de ruptura estéticas y políticas; todas ellas suponían una comunidad de sentido, un tiempo futuro prometedor, una ritualidad de alta densidad simbólica, una diferencia generacional marcada.

La escuela se enfrenta con un problema por encima de todos los problemas. Pensar cómo producir afectación en condiciones de fluidez, es decir en coordenadas de cambio constante y dispersión social. No es igual producir subjetividad en un suelo sólido y relativamente estable que hacerlo en un tiempo incierto y acelerado. No es igual habitar un suelo opresivo, reiterativo, saturado de sentido que navegar en la velocidad y la disolución de fuertes sentidos de inscripción. No es igual formar bajo el supuesto de una regularidad temporal que hacerlo en la turbulencia de los tiempos. Y por último no es igual educar en condiciones de existencia de una comunidad de hablantes que educar en el declive de la inscripción subjetiva a la ley. Qué es ser joven hoy? Qué lugar ocupan las instituciones en la vida juvenil?

En esta oportunidad me quiero referir a los modos de habitar el flujo de información, en el que la imagen juega de modo contundente. En este caso me referiré a la televisión que aparece como un territorio de fuerte convocatoria juvenil. ¿Cómo se habita la tele, qué operaciones se despliegan en el flujo de imágenes?, qué rasgos definen las subjetividades mediáticas?, en qué medida esta experiencia “conversa” con la escuela?. En tiempos de velocidad incesante, no podemos dar cuenta de los modos en que se producen las subjetividades apelando simplemente a la descripción de los dispositivos institucionales, es decir dando cuenta de aquellas prácticas y discursos que configuraban las formas de habitar el mundo. Aproximarse a la experiencia social, describir las dinámicas de constitución de la subjetividad contemporáneas requiere ir más allá de los instituidos.

El secreto del funcionamiento de la escuela, el secreto de su

capacidad de instituir radicaba en la capacidad performativa de sus exactas rutinas. Todo tenía un lugar y cada uno sabía que esperar de los otros. La rutina, la repetición, no constituían simples signos de la cultura escolar sino que se trataba de operaciones necesarias para habitar un tiempo lineal, progresivo, en el que cada momento se ligaba significativamente al siguiente (el estudio era un reaseguro del trabajo, el esfuerzo del éxito) El tiempo hoy, en la era de la información, en la implosión de la imagen es un tiempo que se resiste a ser codificado, representado, interpretado, estabilizado, sostenido. Es un tiempo que se resiste a la repetición, condición necesaria para albergar alguna representación que se sostenga. Es un tiempo proclive a la opinión, todo puede ser dicho porque nada deja marcas, así como se dice así se olvida. Todo fluye, con la misma velocidad que se puede ser famoso se puede dejar de serlo, con la misma velocidad que se consigue un trabajo se puede perderlo. Con la misma velocidad que una imagen se impone a la percepción desaparece del campo visual y cognitivo

La hipótesis que queremos compartir es que en tiempos de fluidez las instituciones pueden desvanecerse en su capacidad de afectación subjetiva si se piensan desde la moral o el ideal de representación, pueden devenir simples nodos en el flujo de información, si su tránsito por allí no produce operaciones en las que pensar la experiencia pero también producirse si habilita un pliegue, un movimiento de pensar lo real. No hay posibilidad de que la escuela gane consistencia simbólica si es incapaz de pensar, desde la vulnerabilidad, la singularidad de lo real.

Analicemos dos escenas que marcan distintos modos de producción de la subjetividad juvenil.

La primera la podemos situar en los 60 o 70. La segunda en el 2000. Que vemos en la primera escena: Un grupo de pibes ubicados en sus lugares respectivos dirigiendo su mirada, no importa si real o simulada, a un docente que monopoliza la palabra. Silencio, trabajo, miedo, ardid transgresores cuyos autores se las arreglaban para no ser descubiertos. Qué nos muestra la segunda?...También se trata de un grupo de chicos pero esta vez no están encerrados sino que atraviesan distintos espacios a cielo abierto, en busca de la

oportunidad, no para ocupar un lugar estable sino para estar en algún nodo de la red. La tele puede ser uno de ellos. Así Operación Triunfo o Escalera a la Fama aparecen entonces como nodos posibles de conexión .

Podemos establecer las primeras diferencias entre una y otra escena. De un lado cumplir con un itinerario disponible, del otro desplegar múltiples estrategias, estrategias de alerta a la más mínima oportunidad y estrategias de conexión que aseguren existencia, por un rato, tal vez por varios ratos pero más que la duración lo que cuenta es la intensidad de esa conexión, intensidad medida en el desborde de adrenalina compartida.

En la primer escena todos tienen un lugar, ese lugar no había que ganarlo, estaba allí esperando a ser ocupado. Pero antes de arribar, ese lugar ya estaba en la representación de todos, sabíamos, sabían nuestros padres que la institución era el camino obligado, prometedor, inexorable para aprender de que se trata la vida social . En la segunda escena el “lugar” irrumpe de repente, lo vemos, nos chocamos con él. No estaba representado: puede ser OT, puede ser Gran Hermano, puede ser un Sitio de chateo y porque no puede ser la escuela. Estos “espacios” en la era de la imprevisibilidad devienen otra cosa. Ya no se trata de una configuración territorial, de un universo reglado, inscripto en una cadena de funciones sociales, que nos aseguran un lugar en el mundo sino de probables oportunidades de conexión a la red . Nadie preveía la llegada de OT, como tampoco de GH ni mucho menos puede asignársele una función en la reproducción social pero congregaron miles de pibes de una amplia gama de sectores sociales y culturales entrenados en cazar oportunidades para ingresar a la red: primero pasando el casting, luego sorteando las sucesivas nominaciones, permaneciendo lo más posible en la Academia, luego siendo ganadores y producidos como estrellas del espectáculo. La carrera hacia el éxito no es la meta, la meta es lograr más tiempo de permanencia y el éxito corona este desafío

En la primera escena no estaba en juego la existencia: éramos hijos, alumnos, estudiantes, maestros y esto suponía ocupar un lugar en relación a la ley. Éramos portadores de autoridad y saber o éramos

dependientes de esas figuras. Digamos que en la primera escena lo que estaba en juego era el reconocimiento, el prestigio, el circuito de pertenencia, la distinción cultural, el ascenso social, nunca la existencia o por lo menos la gestión de la existencia no se percibía en ese grado alto de contingencia. En cambio en la segunda escena lo que está en juego es la propia existencia, tengo existencia si estoy conectado y en este caso la operación de conexión empieza con el casting y termina en el estrellato. Soy Claudio Basso mientras estoy allí, una vez que las luces se apagan pierdo visibilidad, pierdo existencia. La contingencia atraviesa la cotidianeidad y afecta los modos de habitar los tiempos.

En la primera escena prima la representación, un sujeto es en tanto se componga con los atributos previamente representados: el ciudadano representaba al semejante, el niño la heteronomía respecto del adulto, el joven la promesa, el adulto la experiencia y la sabiduría. En la segunda escena prima la presencia. Algo es mientras está allí, visible, conectado. Los jóvenes de la primer escena no se sorprenden frente a lo que encuentran. Su tránsito por la familia , por la escuela los prepara para habitar con comodidad o incomodidad pero sin sorpresas el universo de ley. Los jóvenes de la segunda escena, en cambio, acostumbrados a navegar en un movimiento incesante y desreglado, se encuentran que la autoridad (lugar que posee saber y poder) devino en una nueva figura: el conector. Este conector puede variar : el votante, el jurado, los coaches, los compañeros. El conector se maneja sin reglas previamente establecidas . Elige sin disponer de criterios previos. Lo único que cuenta es la credibilidad, la credibilidad de la imagen, pero en la medida que la imagen es instantánea solo puede generar credibilidades instantáneas. En la escena uno el poder de la autoridad es coercitivo, en la escena dos el poder es una amenaza de expulsión. En la escena uno al poder hay que obedecerlo, en la escena dos hay que seducirlo.

Entonces en la escena uno poder y autoridad es una dupla inseparable: el poder radica en quien tiene el saber y es portador de ley; en la escena dos el poder se diversifica en una multiplicidad de nodos desreglados que a su tiempo pueden asegurar el éxito de la

Operación: las productoras discográficas, los entrenadores, el público.

En la escena uno los pibes deben cumplir con un conjunto de prescripciones, en la escena dos tienen que gustar y sobre gustos no hay nada escrito. La performatividad aquí es ser capaz de resistir las presiones y sobrevivir en la velocidad, en la aleatoriedad de producirse y disolverse repentinamente

Los jóvenes de la primera escena están en un espacio de encierro, vigilados por el famoso panóptico. Los jóvenes de la escena dos están bajo una gran visiónica, dispositivo de visibilidad constante sin otra meta que la conexión prescindente de valores morales.

En la escena uno los vínculos, las formas de socialización grupal se anudan entorno de una comunidad de razones y de sentidos.

Estábamos unidos en el estudio, en la militancia, en la práctica religiosa, en grupalidades ideológicas diversas. Los vínculos se constituían en la solidez y reiteración de prácticas y discursos. En la escena dos los vínculos son efímeros y se arman en torno de una socialidad afectual, emotiva, altamente contingente, precaria. En la escena uno prima la represión de los afectos o su expresión liberadora producto de un movimiento de ruptura de la moral hegemónica. En la escena dos prima el desborde, la emocionalidad en su plena realización, el éxtasis y el derroche de energía. En la escena uno dominan los enunciados: no puedo decir cualquier cosa y solo debo decir algunas. En la escena dos prima la opinión porque no opera la censura sobre lo dicho. Cualquier modo de estar puede ser fecundo si asegura más conexión, más operaciones de conectividad traducidas en más venta, más visión, más consumo, más visibilidad.

La escena uno nos habla de jóvenes que transitan la intimidad de los vínculos. El amor en cualquiera de sus formas es una relación amasada en el tiempo o en filiaciones compartidas. En la escena dos todos se aman, rápidamente se aman. “Los amo” grita un participante y el destinatario de su amor puede ser el público, los couch, los compañeros sin distinción alguna. El amor se liga a una presencia fáctica, a una estética caracterizada por la ebullición de adrenalina, el desborde de emoción, . “Te quiero mucho” es el

efecto automático de una saturación de estímulos operando sobre una subjetividad que se constituye en la intensidad incesante. La escena uno da cuenta de una institución que funciona mediante ligaduras previas, ligaduras armadas por una meta institución donadora de sentido, el Estado. Es esa anterioridad fundadora la que arma trama entre la familia, la escuela, la fábrica, la universidad, el psiquiátrico, el hospital. La escena dos nos revela el paso de la institución al nodo. La institución inscribe a un lugar el nodo conecta a un flujo. La institución permanece, deja marcas transferibles, el nodo cambia y su conexión a otro nodo no es una conexión de sentido. La institución va en busca de un sujeto pleno de atributos, los nodos sólo buscan operaciones de conectividad. La conexión no tiene plan previo se mueve atenta a la oportunidad, oportunidad mercantil pero también oportunidad de cohesión. Tal es el caso de las multitudes reunidas para apoyar al personaje televisivo. Qué hace que tanta gente se reúna? Si no es la demanda por un conjunto de reivindicaciones, si no es la adhesión a un líder representativo, si no es la utopía social. Qué es?. Sólo la adhesión a una figura ignota hasta el momento de ser capturada por la pantalla? En la dirección del oportunismo, planteo despojado de moralidad, podemos decir que lo que hace que tanta gente se reúna es advertir que allí hay una oportunidad de cohesión y ligadura: emotiva, precaria, pero productora de algún tipo de lazo altamente contingente y evanescente apenas desaparezca el estímulo. Entonces que chances tiene la escuela? En este medio fluido cualquier operación que instaure un sentido, que componga una situación es una operación subjetivante. Diría que la escuela, desde la tríada saber-autoridad y futuro ha dejado de ser un hecho, ha cesado de asegurar eficacia simbólica en la constitución subjetiva. La posibilidad de experiencia educativa está en la oportunidad de producir alguna práctica, algún encuentro con capacidad de afectación, algún pliegue que agregue un plus a la saturación de estímulos y a la evanescencia de la experiencia. El desafío no es ni la restitución de lo perdido ni la mimesis con lo existente. No obstante, el punto de inflexión radica en pensar de qué se trata la cohesión, la ligadura, el encuentro con otro, el pensamiento en estas

condiciones de saturación de información, de velocidad incesante, de dispersión de prácticas, de amenaza de existencia.